

hubiera sido de ti, si Jesús te hubiese abandonado? Pero no; este Padre amantísimo no quería dejar en la rebeldía á un hijo tan querido. Preséntase en medio de los Apóstoles, entre los cuales dispuso que estuviera éste, dales amoroso la paz, y, vuelto á él, le concede el permiso para que se acerque y cumpla el deseo de tocar sus llagas. ¡Cuán confuso y avergonzado estaría Tomás al ver la benignidad y ternura de su divino Maestro! ¡Con qué humildad se arrojaría á sus pies, confesándole por su Señor y por su Dios, y ofreciéndose á servirle, y á no negar jamás la fe que había recibido! Mas Tomás había faltado, y, aunque Jesús le perdonó con tanta blandura, no quiso alabarle por su confesión, antes al contrario, indirectamente le reprendió porque, sin verle, no había querido creer, asegurando que los que creen sin el testimonio de los sentidos son bienaventurados. ¿Hemos seguido á Tomás en su extravío y obstinación? ¿No le imitaremos en su confesión y arrepentimiento? ¿Reconocemos en Jesús á nuestro Señor y nuestro Dios? ¡Oh Jesús! Alumbradnos como á este vuestro discípulo, para que, conociendo lo que de nosotros deseáis, resolvamos con eficacia cumplirlo, haciendo de nuestra parte lo que podamos, y pidiendo con fervor y confianza aquello que nos es imposible. Remediad con amor todas las necesidades del mundo.

143.—ASCENSIÓN DE JESUCRISTO AL CIELO.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús con sus discípulos en el monte de las Olivas, después de despedirse de ellos, dándoles su bendición, subióse al cielo; y los discípulos le siguieron con la vista, hasta que una nube se lo ocultó.

PRELUDIO 2.º Representémonos estar con los discípulos, recibiendo la última bendición de Jesús y viéndole subir á la gloria.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser verdaderos discípulos de Jesús, de modo que merezcamos subir con Él á la gloria.

Punto 1.º Despedida de Jesús.—Considera cómo estando todos los discípulos y la Virgen Santísima en el monte de las Olivas¹, mostróseles Jesús con un rostro más resplandeciente y amoroso que solía, y en lugar de los abrazos que se suelen dar al separarse los que mucho se aman, consintió que todos besasen sus sacratísimos pies y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaría el corazón. Llegaría primero la Virgen sacratísima, la cual, con título de Madre, besaría la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo para subirse con Él al cielo, si le fuera concedido; aunque conformándose siempre con la divina voluntad. Llegaron luego san Pedro, san Juan y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con gran reveren-

¹ Marc., xvi, 19; Act., i, 9.

cia y devoción. Luego levantó el Señor sus divinas manos y los bendijo, según refiere san Lucas¹. Levantó las manos en alto, para significar que la bendición que pretendía echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que había sido ganada por su Pasión y muerte levantando las manos en la cruz; y alzó ambas manos, no una sola, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendición, ofreciéndoles á manos llenas los bienes de gracia y gloria. Pondera luego cómo teniendo Jesús levantadas las manos, bendijo á sus discípulos, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedía para ellos. No sabemos las palabras que dijo; pero puede ser que repitiese parte de la oración que había hecho á su Padre en la noche de la cena, pidiéndole que guardase y amparase á sus discípulos que quedaban en el mundo, para que un día subiesen adonde Él subía, y permaneciesen siempre en su compañía para ver la claridad que tenía. ¿Deseamos que Jesús derrame su bendición sobre nosotros? ¿Qué clase de bienes le pedimos? ¡Oh dulcísimo Jesús! Dadme parte de esa bendición que derramáis sobre vuestros discípulos; pues de ella está colgado todo mi remedio. Por el dolor y amor excesivo con que levantasteis las manos en la cruz, levantadlas ahora y bendecidme, no con bendición de la tierra, sino con bendición del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

Punto 2.º Afectos de los Apóstoles al ver subir á Jesús.—

Considera cómo, habiendo Jesús dado la bendición á sus discípulos, comenzó á elevarse de la tierra, y á subir al cielo, no como Elías², arrebatado en un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir á lo alto, como á su propio lugar. Con Él iban todas las almas de los justos que había sacado del limbo, y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para acompañarle. También los discípulos le acompañaban con el corazón, teniendo enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendísimos. El primero de admiración, viendo una cosa tan nueva como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza. El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en Él resplandecía. No rasgaron sus vestiduras como Eliseo cuando vió subir á Elías; antes darían saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle, y subirse con Él, porque los corazones se iban tras su Amado, cumpliéndose lo que estaba escrito en un salmo³: «Subiendo á lo alto, llevó cautiva la cautividad». Porque llevaba Cristo consigo dos suertes de cautivos, unos real y verdaderamente en sus propias

¹ Luc., xxiv, 50. — ² IV Reg., ii, 11. — ³ Psalm., lxxvii, 19.

personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo, y otros con el afecto, y eran los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguían con la vista y el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de Él apartar. ¡Oh quién nos diese ser de estos cautivos de Jesús! ¿No deseamos acompañarle? ¿No le seguimos siquiera con los afectos que los Apóstoles? ¡Oh dulcísimo Jesús! Llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía. Gózome de que subáis por esos aires volando como águila, y provocando á vuestros hijos á que vuelen con Vos ¹. Dadme, Señor, alas de águila con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo en Vos mis pensamientos y deseos en la tierra, para gozaros en el cielo.

Punto 3.º *Una nube oculta al Señor, y dos ángeles avisan á los discípulos.*—En este punto has de considerar cómo, estando los discípulos mirando á Cristo cómo subía, una nube le recibió y se le quitó de los ojos. Es de creer que esta nube sería muy hermosa y resplandeciente, cual convenía para significar la majestad del Señor, que subía en ella y la hermosura del cielo adonde iba; y al verla los discípulos, sentirían nuevos accesos de santa alegría por la gloria que recibía su Maestro. Pondera cómo esta nube que quitó á Cristo de los ojos de sus discípulos, representa todo aquello que nos impide ver á Dios, ya sea por culpa nuestra, como cuando pecamos, y entonces nuestras faltas son nubes, como dice Jeremías ², que se interponen entre nosotros y Dios; ya sea sin culpa, como cuando el Señor quiere sujetarnos á alguna prueba, y permite que nos sintamos rodeados de triste obscuridad. Mas, así como los discípulos no dejaron de mirar al cielo, aunque la nube les privó de la vista de Jesús, así nosotros no hemos de desistir de nuestra oración, aunque nos hallemos en tinieblas, hasta que tengamos respuesta del Señor, como ellos. Finalmente, considera cómo estando los Apóstoles extasiados, fijos los ojos en el cielo, mirando el camino que había seguido Jesús, se les acercaron dos ángeles en forma de varones, con vestidos blanquísimos, y les dijeron: «Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá, como le visteis subir al cielo». En cuyas palabras les dió dos avisos, y en ellos á nosotros, á saber: Que los gustos y afectos de la divina contemplación en esta vida se han de tomar con medida, porque no son fin último, sino medios para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio. Y, además, que juntasen el pensamiento de la subida de Cristo al cielo con el recuerdo de su bajada á juzgar el mundo, y que ambas cosas predicasen, á fin de que los hombres viviesen de tal modo, que estuviesen siempre preparados para

¹ Deut., xxxii, 11.—² Thren., iii, 44.

cuando bajase. ¿Seguimos nosotros estos avisos de los ángeles? ¿Cómo nos portamos cuando nos vemos privados de la vista de Cristo? ¡Oh Cristo santísimo! Quitad de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto, y deshaced los nublados de las tentaciones y turbaciones que padezco, para que pueda contemplar vuestra gloria en esta vida mortal, y cuando vengáis á juzgarme, oiga de vuestros labios palabras de vida, y suba con Vos á la gloria eterna.

Epílogo y coloquios. ¿Quién no siente su espíritu inundado de dulce alegría y confianza al contemplar la Ascensión de Cristo á los cielos? Este amantísimo Maestro, llegado el día en que había de realizar su subida al empíreo, reúne á sus discípulos en la cumbre del monte de las Olivas, muéstraseles con rostro más dulce y hermoso, y levantando al cielo aquellas benditas manos, que habían sido levantadas y enclavadas en la cruz, les da su bendición abundante y copiosísima; y después de haberles dejado besar sus manos y pies, comienza á alzarse majestuosamente por su propia virtud, y á subir con gran sosiego é infinita grandeza al cielo. ¿Qué sentirían los discípulos y la Virgen Santísima al contemplar tan nuevo y extraordinario espectáculo? ¡Qué alegría tan celestial inundaría sus corazones al ver la gloria de su Maestro! ¡Qué arrebatos de júbilo y admiración experimentarían! ¡Qué deseos tan vivos de seguirle por aquel tan desusado camino! Mas, ¡ay!, fórmasen en el aire una nube hermosa y brillante que paulatinamente va envolviendo el cuerpo de Jesús, hasta que lo sustrae completamente á los ojos que le están mirando. Sin embargo, ellos no apartan su vista del cielo, arrebatados de placer, y sólo bajan de su arrobamiento cuando dos ángeles los sacan de él, recordándoles que el gusto de la contemplación es en este mundo muy transitorio, y que lo que importa es pensar á menudo en la segunda venida de Jesús, cuando baje á juzgar al mundo. ¿Hemos grabado bien en nuestra mente estos divinos documentos? ¿Participamos de los afectos de los Apóstoles cuando veían subir á Jesús? ¡Oh! ¿Cuándo nos acordaremos que nuestro tesoro está en el cielo y procuraremos fijar allí nuestra morada? ¿Hasta cuándo tendremos nuestro corazón aficionado á los bienes de este mundo de miseria? Confundámonos de tal modo de obrar, y hagamos serias y firmes resoluciones de cambiar de conducta; y para cumplirlas con más fidelidad, pidamos la gracia á Jesús y roguémosle por todo el mundo.

144.—VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º Estando los Apóstoles y discípulos del Señor reunidos en el cenáculo con María y las otras devotas mujeres el día de Pentecostés, de repente vino el Espíritu Santo sobre ellos.

PRELUDIO 2.º Representate este suceso como si te hallaras en el cenáculo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia que venga también á tí el Espíritu Santo.

Punto 1.º Lugar en donde se realizó la venida del Espíritu Santo.—Considera en este punto cómo por inspiración del Espíritu Santo, el día de Pentecostés juntáronse en la casa y cenáculo donde solían los discípulos de Cristo con la Virgen Santísima, los cuales serían, por lo menos, los ciento veinte que menciona san Lucas ¹; y todos á una clamaban y pedían al Padre Eterno, por los méritos de su Hijo, y al mismo Hijo, les enviase el divino Espíritu que les había prometido, cuyas oraciones fueron presentadas á Dios por medio de los ángeles, y juntándolas con la petición de Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, fueron oídas, resolviéndose que aquel día se les diese lo que pedían, porque no hay plazo que no llegue para quien pide, persevera y espera con paciencia la venida del Señor. Pondera cómo esta casa y cenáculo representa la Iglesia universal, en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo, unidos en una misma fe, y en el culto de un mismo Dios, y en la observancia de una misma ley. Y como en este día se dió el Espíritu Santo á los que estaban en esta casa, y no á los que estaban fuera de ella, así también el divino Espíritu sólo se da á los que están dentro de la Iglesia, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá; porque como la paloma no halló dónde poner el pie fuera del arca de Noé ², así el Espíritu Santo, figurado por ella, no halla en quien morar fuera de la Iglesia ³, que es representada por el arca. Por lo cual dijo Jesús ⁴ que el mundo, esto es, los mundanos que niegan su fe, reprueban su doctrina y resisten á su ley, no pueden recibir el Espíritu Santo. ¡Cuán agradecido debes estar á Dios, que te ha traído á esta casa de su Iglesia, en la cual, si por tí no queda, le recibirás, disponiéndote, como los Apóstoles, con la oración ferviente y la unión de caridad! ¿Estás reconocido á tal beneficio? ¿Te preparas debidamente para recibir el Espíritu divino? ¡Oh dulcísimo Redentor! Gracias os doy con toda mi alma por el favor singular que me habéis dispensado, por haberme admitido en el arca santa de vuestra Iglesia; haced, Señor, que, así como fuí de los llamados, sea también de los elegidos para vuestro reino, de modo que, después de una vida santa, merezca una eterna corona.

Punto 2.º Tiempo en que vino el Espíritu Santo.—Consi-

¹ Act. 1, 15. — ² Gen., viii, 9. — ³ I Petr., iii, 21. — ⁴ Joan., xiv, 17.

dera cómo el Espíritu Santo vino á los Apóstoles y discípulos de Cristo cincuenta días después de la Pasión y resurrección del Señor, para significar que con su venida tan copiosa concede jubileo plenísimo, significado por el número de cincuenta, dando plenaria remisión de las deudas ¹ y pecados en virtud de la Pasión de nuestro Redentor. Por lo cual, dice la santa Iglesia que el Espíritu Santo es remisión de todos los pecados, perdonándolos con la abundancia de gracia y caridad que infunde en e alma. Pondera también cómo este divino Espíritu vino en el día de Pentecostés, que era una fiesta de los judíos, instituida en memoria de la ley que les dió el Señor en el monte Sinaí, para significar que venía principalmente á imprimir en las almas la ley de gracia que Cristo había predicado, dando fin y cumplimiento á la ley vieja, que había sido su figura; y así, en este mismo día que se dió la una se promulgó la otra, aunque en diferente manera, porque la ley vieja era ley de temor, y así se dió con truenos y relámpagos y amenazas de muerte en el monte Sinaí, y escribióse en tablas de piedra, porque era pesadísima, y se daba á hombres de dura cerviz y empedernido corazón; pero la ley nueva es ley de amor, y así con gran suavidad la escribió el Espíritu Santo en las entrañas de los hombres ², y en las tablas de su corazón, quitándoles el corazón de piedra y trocándosele en corazón de carne ³, como por sus Profetas lo tenía prometido. ¡Oh Padre Soberano, cuya mano es el Hijo, que de Vos procede, por quien criasteis todas las cosas, y cuyo dedo es el Espíritu Santo, por quien las reformasteis, escribiendo con Él vuestra santa ley en los corazones de los hombres! Escribidla en el mío con este dedo de vuestra diestra, con tanta fuerza que nunca más se borre; y pues Vos me mandáis que yo también la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dadme lo que me mandáis para que lo cumpla como queréis. ¡Oh alma! Oye la ley que te enseña el divino Espíritu, y pídele que te conceda remisión plena de los pecados que has cometido, quebrantándola. ¿Sientes en tí esos deseos?

Punto 3.º Modo cómo vino el Espíritu Santo.—Considera en este punto el modo cómo vino el Espíritu Santo, el cual tiene misterio, porque representa la manera cómo se comunican á las almas sus divinas inspiraciones. Primeramente, vino de repente, porque la inspiración divina y su visita al alma no tiene día ni hora señalada y determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa, y cuando el Espíritu Santo quiere, y como quiere; porque el Espíritu sopla é inspira donde quiere ⁴ pues que inspira por sola su misericordia; por lo cual en todo tiempo has de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando á su paternal providencia el día y la hora en que ha de venir.

¹ Levit., xxv, 10. — ² Jerem., xxxi, 33. — ³ Ezech., xxxvi, 26. — ⁴ Joan., iii, 8.

Lo segundo, vino como viento, con gran vehemencia, para significar, no sólo que la inspiración de Dios da vida al alma, templar el ardor de su concupiscencia, impele y mueve á correr, como viento; sino que obra todo esto y excita á las obras de virtud con ímpetu y fervor, aunque con suavidad y gusto del que las practica, cuya alma es como navío que navega con viento en popa, sin trabajo y con grande velocidad. Lo tercero, vino con grande estruendo, que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos y por los justos tales cosas, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y á veces por grandes milagros, y en especial por la fuerza de su predicación y palabra, como se vió en los Apóstoles, cuya voz resonó, como está escrito ¹, hasta los últimos términos de la tierra. Considerando tales bienes, ¿no suspiramos nosotros por el Espíritu Santo? ¿No deseamos este viento delicado que nos impela á correr por los caminos de Dios? ¡Oh Espíritu divino! Venid á mi alma como viento vehemente, moviéndola á todo lo que os agrada; suene la voz de vuestra inspiración en mis oídos, para que con ella haga tales obras, que suenen en todo el mundo, edificando á mis prójimos y despertándolos á que os glorifiquen por todos los siglos.

Epílogo y coloquios. ¡Oh quién tuviera la dicha de penetrar en el cenáculo el día memorable de Pentecostés, en aquella sagrada reunión, presidida por la misma Reina de los cielos! Pero este tan honrado salón ó cenáculo figuraba la santa Iglesia, en la cual sólo se da el Espíritu Santo. Y en esta dichosa arca santa nos hallamos por la divina misericordia; y si, al modo que los discípulos de Jesús, nos preparamos con el recogimiento, caridad y oración, lograremos la suerte feliz de recibir como ellos el divino Espíritu. El cual en su venida imprimirá en nuestra alma la ley de gracia con caracteres de fuego de amor, y nos concederá generosa remisión de nuestras culpas. El vendrá de repente, cuando menos pensemos, como viento fresco, para vivificar, templar, refrescar y dar actividad á nuestro espíritu; vehemente, impulsándole con energía y seguridad á correr presuroso por el camino de la gloria, y con grande estruendo, por los ruidosos ejemplos de virtud que daremos al mundo. ¡Oh cuánta necesidad tenemos de este don celestial! ¡Oh si suspirásemos por Él con aquel mismo ardor, fuego y súplicas vivísimas que los Apóstoles! Si es cierto que la mano del Señor no se ha recogido ni abreviado, y está dispuesto á comunicarse con la misma largueza que se comunicó á los Apóstoles, ¿qué hacemos? ¿Qué pensamos? ¿Cómo no salimos de nuestra apatía? ¡Oh locura insensata la nuestra! El Señor nos abre los celestiales tesoros, ¿y nosotros no salimos de nuestra pobreza? Pidamos el Espíritu

¹ Rom., x, 18.

Santo; y para merecer recibirlo, propongamos ser más fervorosos en la oración, más caritativos con el prójimo, más unidos con los lazos del divino amor; y para lograr ésta y demás gracias, oremos con fervor y confianza absoluta.

145.—DON SOBERANO DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús diciendo: «Yo rogaré á mi Padre y os dará otro Consolador que permanezca con vosotros eternamente».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de conocer la soberanía de este don y agradecerlo intimamente.

Punto 1.º *Quién nos da este soberano don.*— Considera aquí quién nos dió este infinito don del Espíritu Santo. Primeramente nos le dió el Padre Eterno, movido de su infinita bondad, por la cual, así como nos había dado á su Hijo ¹ por Redentor, también quiso darnos al Espíritu Santo por Santificador, y esto de gracia y puro amor, sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos; pues, habiendo el mundo tratado tan mal á la persona del Hijo, no merecía recibir la persona del Espíritu Santo. Movióle también á hacernos esta dádiva los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, que con su Pasión y muerte nos la había merecido, y estando á la diestra de su Padre, abogaba por nosotros, pidiéndole que cumpliera la promesa que había hecho de enviar el Espíritu consolador ². Además, movióle nuestra gran miseria y pobreza, la cual despertó la compasión de aquel bondadoso Padre de misericordias, resolviendo enviar el último remediador de todos los males, que era el Espíritu Santo. De suerte que la justicia y la misericordia ³ se concertaron para negociar esta venida: la justicia de parte de Jesucristo, que la mereció, y la misericordia de parte de la bondad de Dios, atendiendo á nuestra miseria. Pondera también cómo nos envía el Espíritu Santo ⁴, y nos le da Jesucristo nuestro Señor, Hijo de Dios vivo, de quien procede juntamente con el Padre, cumpliendo lo que estaba profetizado ⁵, que en subiendo á lo alto con sus cautivos, dió dones á los hombres, enviando al Espíritu Santo, en quien se encierran todos los dones celestiales. Finalmente: el mismo Espíritu Santo se nos da también á Sí mismo, porque Él es dador y don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre y del Hijo como amor, dándonos su amor, se nos da á Sí mismo, y así le hemos de pedir que se nos dé y comunique. ¿Comprendemos y agradecemos la benignidad y amor de la Trinidad beatísima en la dádiva que nos hace? ¿Cómo hemos de corresponder á tan grande beneficio? ¡Oh Tri-

¹ Joan., iii, 16. — ² Joan., xiv, 16. — ³ Psalm. lxxxiv, 11. — ⁴ Joan., xvi, 7.

⁵ Efes., iv, 8.

nidad Santísima! Desde el sublime trono en que estáis, enviadme al Espíritu Santo para que me consuele en mis tristezas, me fortifique en mis desmayos é ilumine en mis dudas. ¡Oh Padre Eterno! ¡Oh Verbo divino! Dadme este Espíritu que de ambos procede; y Vos, Espíritu santísimo, daos á mí Vos mismo, porque ningún don fuera de Vos me puede hartar.

Punto 2.º *Excelencia de este soberano don.*—En este punto has de considerar la infinita grandeza de este don que Dios nos da, dándonos el Espíritu Santo, el cual, por excelencia, se llama don de Dios altísimo, porque es el supremo de todos los dones y fuente de todos ellos. De suerte que, no contentándose nuestro Dios con darnos la gracia y la caridad, y las virtudes sobrenaturales, y los siete dones del Espíritu Santo, también nos da al que es principio y causa de todos ellos, para que Él los conserve, rija, aumente y perfeccione, como quien tiene una fuente, y no se contenta con dar el agua de ella, sino da también la misma fuente, de donde perpetuamente procede el agua. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor ¹, hablando del Espíritu Santo que habían de recibir los que creyesen en Él, que de su vientre saldrían ríos de agua viva; y para que se entendiese que estos ríos serían perpetuos, añadió que dentro de ellos habría una fuente de agua viva que saltaría hasta la vida eterna ². De todo lo cual has de sacar una grande confianza que Dios te dará todo lo que le pidieres; pues quien te da lo más te dará lo menos. Y si dijo san Pablo ³: «Quien nos dió á su Hijo, ¿no nos dará con Él todas las cosas?», tú también puedes decir, hablando del Espíritu Santo: Quien me dió á su divino Espíritu, ¿no me dará con Él todas las cosas que de Él proceden, pidiéndoselas en virtud del mismo Espíritu, y por los merecimientos del Hijo por quien se da? Y quien me da el árbol, ¿no me dará los preciosos frutos que produce? ¡Oh Espíritu santísimo! Vos sois el río cristalino de agua viva, que procede del trono de Dios y del Cordero, y riega la ciudad de Dios y el árbol de vida que produce doce frutos al año ⁴, cuyas hojas son para salud de las gentes; venid á esta breve ciudad de mi alma; regadla con vuestras copiosas gracias, y producid en ellas vuestros doce frutos ⁵, comunicándome la caridad, gozo y demás con grande perfección, y asistiéndome siempre con vuestra presencia, para que no se marchiten ni pierdan nunca su verdor hasta la vida eterna. Habiendo nosotros conocido cuán soberano es el don que nos da el Señor dándonos el Espíritu Santo y suspirando por gozar de sus frutos, ¿qué hacemos para merecerlos y alcanzarlos?

Punto 3.º *Á quién se da el don del Espíritu Santo.*—Aquí has de considerar á quién se da este soberano don del Espíritu

¹ Joan., vii, 38. — ² Joan., iv, 14. — ³ Rom., viii, 32. — ⁴ Apoc., xii, 2.
⁵ G. lat., v, 22.

Santo, para que descubras más la infinita largueza de Dios y te muevas á alabarla y engrandecerla. Pondera cómo, aunque fué generosidad incomprensible dar este don á unos pobres pecadores, idiotas y pusilánimes, y á otra muchedumbre de menor estofa; pero más admira que le ofrezca Dios á todas las naciones y pueblos del mundo, así de judíos como de gentiles y bárbaros, sin excluir á ningún hombre, por vil y despreciado que sea, y por grande pecador que haya sido, como él quiera disponerse para recibirle; porque, como dijo san Pedro ¹, no es Dios aceptador de personas, sino entre todas las gentes, cualquiera que le temiere y obrare justicia, le será aceptable y recibirá de su Majestad el Espíritu Santo; y así le dió á muchos que trataron de crucificar á su Hijo, y á otros innumerables que adoraban por dioses á las serpientes y bestias de la tierra, y lo mismo quiere hacer con todos los hombres. De suerte que quien antes era morada de Satanás y cueva de leones y dragones, viene á ser templo de Dios vivo y morada de su divino Espíritu, en quien descansa con sus dones, cumpliendo la promesa que hizo por el profeta Joel ²: «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne». Porque, aunque no quiere Dios dar su Espíritu al que es carne y vive según las leyes de la carne, contrariando á las del espíritu, según lo que dijo en el Génesis ³: «No permanecerá mi Espíritu en el hombre, porque es carne»; mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, Dios derramará sobre él su Espíritu, con el cual vivificará su carne, para que viva vida espiritual digna de tal Espíritu. ¿Abriremos nosotros tales deseos de ser espiritualmente vivificados por la presencia del divino Espíritu? ¡Oh Padre de las misericordias! Gracias os doy por la infinita bondad que mostráis en dar tal don á tan vil criatura como el hombre, y en juntar vuestro divino Espíritu con nuestra miserable carne; si queréis que vuestra misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tenéis un hombre que es todo carne, pero deseoso de ser vivificado con vuestro Espíritu; dádmele, Señor, graciosamente, para que more en mí, y mi alma os glorifique por tan soberana merced.

Epílogo y coloquios. ¡Oh grandeza de la bondad, misericordia y largueza de Dios! ¿Quién será capaz de comprenderla, ni mucho menos alabarla dignamente? El Padre Eterno, por su bondad infinita, sin méritos nuestros, antes con grandes deméritos, atendiendo sólo á los merecimientos de su divino Hijo y á nuestra extrema necesidad, nos da el Espíritu Santo. No satisfecha su generosidad infinita con haber dado á su Hijo al mundo para que le redimiese, ahora le da el Espíritu Santo para que le santifique y consuma la obra que Jesús comenzó. El mismo Jesús nos hace también este regalo; y aun el Espíritu divino en per-

¹ Act., x, 34. — ² Joel, ii, 28. — ³ Gen., vi, 3.

sona se nos comunica, haciéndose dador el que por excelencia es don del Padre y del Hijo. ¡Bendita y alabada sea misericordia tan inmensa, bondad tan inefable! ¡Oh mundo afortunado! ¿Sabes la excelencia de la dádiva que te envía tu amantísimo Criador? ¿Conocemos nosotros siquiera la soberanía de este don? No es ya sólo la gracia y la caridad y los dones del Espíritu Santo lo que Dios nos da, sino la misma fuente y causa de tales bienes. No se llena el infinito deseo que tiene el Señor de hacernos bien dándonos los frutos del divino Espíritu; quiere también darnos el árbol que los produce. Y esto, ¿á quién? Á un mundo que le ha desconocido, que le ha aborrecido, que ha trabajado por borrar la imagen divina que en sí mismo tenía impresa. ¿Comprendemos todo esto? ¿Pertenece ó hemos pertenecido á este loco é insensato mundo? ¿Y no morimos de vergüenza? ¿No suspiramos por el divino Espíritu? ¡Qué cambio tan radical obraría en el nuestro! Avivemos, pues, los deseos de recibirle, y para disponernos, propongamos aquello que desea Él hallar en nosotros: humildad, amor, agradecimiento, pureza; pidamos las gracias necesarias, y roguemos con fervor por todo el mundo.

146.— FIN POR QUE SE DA EL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º Dios nuestro Señor nos da el Espíritu Santo para que sea nuestro Abogado, Maestro, Consejero y Fortaleza.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús prometiendo á sus Apóstoles, y á nosotros con ellos, el divino Espíritu.

PRELUDIO 3.º Pidamos agradecimiento por tal don, y docilidad en dejarnos guiar por Él.

Punto 1.º *El Espíritu Santo se nos da para que sea nuestro Abogado y Protector.* — Considera cómo entre los fines por los cuales el Padre y el Hijo nos dan el Espíritu Santo, y este mismo divino Espíritu se nos entrega, uno es muy principal, para que suceda á Cristo nuestro Señor en el oficio de protector, abogado y consolador, haciendo esto invisiblemente con sus Apóstoles y discípulos, como Él solía hacerlo visiblemente con aquellos antes de subir á los cielos. Por este motivo les dijo en la noche de la Cena, antes de separarse de ellos: «Yo rogaré á mi Padre, y Él os dará otro Paracleto»; que quiere decir patrón, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será padrino y protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos², en cuanto os impleterá y moverá á orar y pedir lo que os conviene. Y este Paracleto, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros, como Yo me aparto por la presencia corporal, sino per-

¹ Joan., xiv, 16. — ² Rom., viii, 26.

manecerá en vuestra compañía para siempre, si vosotros no le resistís y desecháis. En todo lo cual has de admirar la infinita y paternal providencia de Jesús, nuestro bien, que no puede sufrir que sus discípulos queden desamparados y huérfanos, y ni aun se contenta con dejarnos en el divino Sacramento un trono glorioso, desde donde nos escucha, sino ha querido darnos el Espíritu Santo, para que siempre esté con nosotros y nos acompañe á todas partes, y no se separe jamás de nuestra compañía. ¿Será posible que no sintamos un solo afecto de gratitud por tal beneficio? ¿Y no nos aprovecharemos de la presencia continua de tal abogado y protector? ¡Oh Redentor del mundo! Gracias os doy por habernos dado tal sucesor en vuestra ausencia, que sea para nosotros fuerte protector, dulce consolador y solícito abogado. ¡Oh Espíritu Santísimo! Venid á vuestro siervo, que está suspirando por teneros consigo; apadrinadme en las batallas, amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones, y abogad por mí en todas mis necesidades, haciéndome orar con tal fervor, que alcance remedio de ellas.

Punto 2.º *El Espíritu Santo se nos da para que nos enseñe y nos dé testimonio de Cristo.* — En este punto has de considerar cómo Cristo nuestro Señor nos da el Espíritu Santo para que le suceda en el oficio de Maestro, enseñando y platicando dentro de nuestro corazón la doctrina que Él predicó por su boca. Y así dijo á sus Apóstoles: «Cuando viniere el Espíritu Santo que os enviará mi Padre en mi nombre, esto es, en mi lugar y por mi respeto, Él os enseñará todas las cosas, y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho y os dijere»; que es decir: Os enseñará todas las cosas que os convinieren saber para vuestra salvación y para cumplir vuestro oficio, muchas de las cuales exceden ahora á vuestra capacidad; y, además de esto, os traerá á la memoria, cuando fuere menester, las que hubiereis oído, leído ó aprendido de mi doctrina, y os las repetirá y platicará dentro de vuestro espíritu, para que ni por ignorancia ni por olvido faltéis en lo que os conviene. Pondera luego otro fin de esta riquísima dádiva, la cual, así como se dió á los Apóstoles para que les diese interiormente testimonio de quién era Cristo, y ellos le diesen públicamente al mundo, ofreciéndose al martirio, como testigos de esta verdad, y muriendo por el testimonio de ella, si fuera menester; así se da al justo y entra en su corazón para darle testimonio de quién es Cristo nuestro Señor, ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios y hombre, Salvador y único remediador suyo, y para que tenga grande estima de Él, y le ame de todo corazón, y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras tan santas, y á veces tan milagrosas, que ellas den testimonio de Cristo, á quien imitan. ¡Oh Salvador mío! Enviad sobre mí el Espíritu de verdad

¹ Joan., xvi, 13.